

Márquez, Trino

Las Ciencias Sociales ante la desigualdad, la pobreza y la exclusión: realidades y problemas teóricos
Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura, vol. XI, núm. 2, julio-diciembre, 2005, pp. 79-93

Universidad Central de Venezuela
Caracas, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=36411207>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura, 2005, Vol. XI, No. 2 (jul-dic), pp. 79-93
recibido: 16-02-05 / arbitrado: 29-06-05

LAS CIENCIAS SOCIALES ANTE LA DESIGUALDAD, LA POBREZA Y LA EXCLUSIÓN: REALIDADES Y PROBLEMAS TEÓRICOS

Trino Márquez*
DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES, FACES-UCV

Resumen:

Este artículo trata de los desafíos que confrontan las ciencias sociales en América Latina y, especialmente, en Venezuela ante los problemas que se derivan del estudio de la desigualdad, la pobreza y la exclusión. Se presentan de forma sucinta varios de los aportes teóricos y metodológicos más importantes realizados por estas disciplinas durante las décadas recientes. Luego se examinan algunas de las dificultades y, como resultado de ellas, algunos de los retos más exigentes que están obligados a afrontar los científicos sociales. En la revisión de los temas se trata de adoptar una perspectiva global, latinoamericana, aunque por la naturaleza del tema abordado resulta inevitable colocar el énfasis en la realidad específica de Venezuela.

Palabras claves: Ciencias Sociales, desigualdad, pobreza, exclusión.

1. LOS APORTES DE LAS CIENCIAS SOCIALES

La sociología, la economía, la antropología, la psicología social y, en términos generales, el conjunto de disciplinas que se agrupan bajo la denominación ciencias sociales, confrontan numerosas dificultades cuando encaran los problemas ligados a la desigualdad, la pobreza y la exclusión. Estos derivan de diferentes fuentes: lo lacerante de la propia realidad de quienes están afectados por la miseria y las carencias, las teorías desde las que se producen las aproximaciones a esos temas, las ideologías y valores de los investigadores y científicos que se ocupan de estudiar estos grupos sociales, son algunas de las causas que originan los obstáculos que encuentran las ciencias sociales al enfrentar los problemas señalados.

La desigualdad económica, la pobreza y la exclusión han sido temas de preocupación de los científicos sociales desde el siglo XIX, cuando estas disciplinas comienzan a conformarse con perfiles propios. En los últimos decenios su estudio recobra interés. Es tratada ampliamente por Amartya Sen en su libro *La desigualdad económica*, convertido en clásico desde 1972, fecha en la que aparece

* correo electrónico: tmarquez@cantv.net

publicado por primera vez (Sen; 2002). También es considerada por William W. Murdoch en *La pobreza de las naciones. La economía política del hambre y de la población* (Murdoch; 1984). De acuerdo con Bernardo Kliksberg, uno de los especialistas latinoamericanos que más se ha detenido en su examen, la pobreza no solamente constituye un drama social, sino que además representa un factor que conspira contra las posibilidades de que una nación crezca de manera constante y se desarrolle integralmente (Kliksberg; 1994). La pobreza se erige en un lastre que impide a las economías latinoamericanas despegar hacia niveles más altos de evolución. Este punto de vista lo comparte el Banco Mundial. Sus estudios sobre la desigualdad muestran que la inequidad no se resuelve sólo con un elevado crecimiento del producto interno bruto (PIB). La disparidad entre ricos y pobres no se reduce al ámbito de la justicia social. También actúa como una poderosa causa del atraso económico de la región, pues determina que un gran número de personas queden relegadas de la actividad productiva, el proceso político e importantes actividades culturales y comunitarias. La pobreza y los desequilibrios tan acentuados entre los grupos sociales conduce a que la gente, el mayor recurso de una nación, sea subutilizada y sean pocos los que contribuyen de manera relevante en la creación de riqueza y desarrollo. De acuerdo con estudios recientes del Banco Mundial, dados a conocer a la opinión pública internacional a través de la doctora Pamela Cox, directora para América Latina, en la mayoría de las naciones de Latinoamérica el 10% más rico de la población recibe entre 40% y 47% del ingreso total; en tanto el 20% más pobre apenas sobrevive con entre 2% y 4% (El Universal, 2005:1-17). Cuando las cifras porcentuales se traducen en números absolutos se comprueba que por encima de 250 millones de personas en Latinoamérica viven en condiciones de pobreza.

El dramatismo de estas cifras conduce a que resulte tremadamente difícil para los científicos sociales examinar las consecuencias prácticas de este fenómeno, sin que aparezcan visiones que distorsionan los estudios que se efectúan o se caiga en el terreno de la pura adjetivación. Esta traba, sin embargo, no ha impedido que durante las dos últimas décadas se lleven adelante en América Latina y en Venezuela, así como en todas las regiones pobres del mundo, numerosas investigaciones serias dirigidas a diagnosticar y proponer soluciones factibles a los flagelos ligados a la desigualdad en la distribución del ingreso, la pobreza y la exclusión. Además de los trabajos de Sen, Murdoch, Kliksberg y el Banco Mundial ya mencionados, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), han promovido y financiado la realización de amplios estudios en los que participan sociólogos, economistas, educadores, médicos y profesionales de muchas otras disciplinas. En esa misma dirección han actuado los gobiernos nacionales y fundaciones públicas y privadas. Uno de los trabajos pioneros es *Ajuste con rostro humano* (FCE; 1986) financiado por la CEPAL a mediados de los años 80, que da lugar a un extenso conjunto de mo-

nografías, investigaciones, congresos y foros en los que el problema se analiza profusamente. Posteriormente aparece promovido y financiado por el Banco Mundial el *Informe sobre el desarrollo mundial 1990. La pobreza.* (1990); *Transformación productiva con equidad. (La tarea prioritaria del desarrollo en América Latina y el Caribe en los años noventa)* (CEPAL; 1990); *Desarrollo sin pobreza* (PNUD; 1990); *Informe sobre la inequidad en América Latina* (BID; 1998). La preocupación por el tema tiene uno de sus puntos culminantes en 1995 cuando se realiza la cumbre mundial contra la pobreza, en Copenhague, propuesta inicialmente por el entonces presidente chileno Patricio Alwing, y respaldada por los gobiernos de la mayoría de los países del mundo y por organismos multilaterales.

En Venezuela, el Proyecto Pobreza, que tiene su sede en la Universidad Católica Andrés Bello, y las investigaciones del grupo de estadísticos y demógrafos que trabajan en el Postgrado Integrado de Estadística de la Universidad Central de Venezuela, así como los profesionales de Fundacredesa, logran notables avances en la caracterización del fenómeno y en el diseño de medidas que permitirían superarlo, o al menos reducirlo de manera significativa.

Como resultado de esta extensa variedad de indagaciones, la radiografía que existe actualmente de la pobreza en el continente y en Venezuela es mucho más amplia y completa que en el pasado. Igualmente, se avanza en la construcción de métodos que hacen posible caracterizarla y conceptualizarla de forma precisa (De Venanzi; 1996). La pobreza dejó de ser un vocablo ambiguo. Gracias a la aplicación de métodos científicos de medición, se convierte en un *concepto* que designa la situación particular en que se hallan grupos sociales que presentan determinadas características y están sometidos a condiciones específicas. Los dos métodos reconocidos internacionalmente más importantes para su medición son el de las Líneas de Pobreza (LP) y el de las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI). El primero coteja dos variables: el ingreso familiar y el costo de la Canasta Básica Alimentaria (CBA). La línea de la pobreza se coloca en el doble del precio de la CBA, pues se asume que las familias invierten en ella una cantidad equivalente a la que destinan a los demás bienes y servicios indispensables. La canasta conformada por los alimentos más los otros bienes se denomina Canasta Normativa (CN). La comparación se realiza periódicamente, de modo que se refleje el poder adquisitivo del dinero que obtiene el grupo familiar y se registre el comportamiento de la inflación. Se califica como pobres a todos los grupos familiares con ingresos inferiores al doble del costo de la CBA (y, en consecuencia, por debajo de la CN). Las familias cuyos ingresos se encuentran por debajo del costo de la CN, pero por encima de la CBA, se encuentran en situación de pobreza relativa o moderada. Los grupos cuyos ingresos están por debajo del valor de la CBA, se hallan en situación de pobreza crítica o extrema. Cuando el núcleo familiar percibe menos de la mitad del costo de la CBA, se señala que sufre pobreza atroz o infrapobreza (Márquez; 1996).

Por su parte el método de las NBI establece un conjunto de cinco necesidades que se consideran esenciales: ausencia de servicios indispensables, hacinamiento, incapacidad para mantener a los niños en la escuela, viviendas inapropiadas y elevada vulnerabilidad económica. Una familia se encuentra en la situación de pobreza relativa cuando no satisface una de esas necesidades, y en condición de pobreza absoluta o extrema cuando deja de satisfacer dos o más.

Aunque ninguno de los dos métodos señalados capta la pobreza en toda su dramática intensidad y, sobre todo, es capaz de apreciar las graves huellas que deja, ambos, particularmente el de las LP, tienen la ventaja de ser instrumentos que permiten detectar con rapidez y relativa sencillez los grupos sociales en situación de vulnerabilidad económica, condición indispensable para que pueda hablarse de pobreza. Por esta razón es que en las ciencias sociales, con las precisiones apuntadas, el concepto pobreza desplaza al de marginalidad, tan de moda durante la década de los años 50 y 60 en Latinoamérica. Este último vocablo va perdiendo importancia entre los científicos sociales, pues se le considera ambivalente e insuficiente para aprehender en sus diferentes dimensiones la situación de las capas más desfavorecidas de la sociedad.

En las ciencias sociales se acepta que la pobreza, la exclusión y la desigualdad no pueden reducirse a su dimensión económica, aunque ésta resulte fundamental para caracterizarla. Estos problemas constituyen realidades complejas que adquieren sus propios perfiles de acuerdo con las características específicas de cada nación en particular. El aporte de las ciencias sociales ha consistido en colaborar de forma notable en la cuantificación del fenómeno con instrumentos de medición precisos. Además, las ciencias sociales han contribuido a establecer los rasgos socioeconómicos, sociopolíticos y socioculturales de los grupos afectados por esta condición. A partir de la ponderación cuantitativa y de la caracterización social, económica y cultural, se han podido elaborar planes orientados a reducir las desigualdades socioeconómicas, combatir la pobreza y ampliar las oportunidades de los sectores excluidos (Kliksberg, 1994; Mateo, 1998).

Ahora bien, a pesar de las valiosas contribuciones realizadas por las ciencias sociales en el estudio y comprensión del tema de la desigualdad, la pobreza y la exclusión, existen algunas áreas en la cuales la relación de las disciplinas científicas con esos temas sigue siendo problemática. Estas zonas representan desafíos intelectuales que los científicos sociales de América Latina y, especialmente de Venezuela, están obligados a encarar. El presente trabajo tiene como propósito fundamental señalar algunos de esos retos y colocar sobre la mesa algunas ideas que sirvan para estimular el debate.

2. LAS CIENCIAS SOCIALES: OBSTÁCULOS Y DESAFÍOS

A pesar de los indudables y notables aportes realizados por las ciencias sociales durante las décadas recientes en torno del complejo tema de la pobreza, la exclusión y las desigualdades, aún siguen siendo numerosos los obstáculos y desafíos que ellas deben encarar con éxito, para que su contribución sea todavía mayor en lo concerniente al conocimiento del fenómeno y la formulación de proposiciones que permitan erradicarlo. Sólo me ocuparé de algunos retos que considero fundamentales.

2.1. Reducir la presencia de la ideología en la investigación y el debate

La ideología o las ideologías suelen estar presentes de una manera determinante en las investigaciones con pretensiones científicas y en los debates académicos en torno al tópico de la pobreza y la exclusión. La separación entre ciencia e ideología, que Max Weber exigía con tanta fuerza (Weber; 1972), se torna sinuosa cuando se abordan estos problemas. Resulta difícil mantener la objetividad y el rigor. Estos principios con frecuencia son desplazados por juicios valorativos y condenas a priori de los supuestos causantes de la situación degradada en la que viven los grupos sociales afectados por la desigualdad. Esta confusión se deriva del dramatismo de las cifras y del enorme malestar que provoca en los científicos sociales la miseria y la gran cantidad de carencias asociadas con ella. No es fácil que el investigador mantenga la ecuanimidad que exige la ciencia cuando se encuentra frente a la desnutrición y la prostitución infantil, la niñez abandonada, las enfermedades que se originan en una alimentación deficiente, el consumo de drogas en jóvenes y adolescentes, el empleo y la explotación infantil, el desempleo permanente o la violencia entre las bandas que azotan a las barriadas más desfavorecidas. La realidad social es muy dura para millones de niños, jóvenes, mujeres adolescentes y ancianos, los sectores más vulnerables de la población. De allí que sea común en el campo de la academia dejarse vencer por los obstáculos epistemológicos de los que hablaba Gaston Bachelard en la *Formación del espíritu científico* (Bachelard, 1980).

Sin embargo, los científicos sociales tienen que realizar serios esfuerzos por tratar de preservar el propósito fundamental de toda actividad científica: observar, describir, analizar, comparar, explicar. Es indispensable respetar la fidelidad del dato empírico, indagar las fuentes estadísticas que presenten la visión más acabada del fenómeno que se estudia, diseñar con apego a las técnicas académicas las hipótesis y los instrumentos de recolección de datos primarios (entrevistas, cuestionarios). En relación con estas herramientas del quehacer científico, resulta muy frecuente encontrar en los trabajos de campo que las hipótesis, las pautas de las entrevistas y las preguntas que integran el cuestiona-

rio están concebidos para que el entrevistado responda lo que el analista está interesado en escuchar y el curso de la exploración siga el camino que el investigador traza con anterioridad. Esta es una forma de distorsionar la realidad, pues induce la respuesta del interlocutor y convierte la indagación empírica en una mera teleología. En una actividad cuyo fin está determinado de antemano, sin que exista la posibilidad de que los datos que arroja la realidad modifiquen los criterios del sujeto cognosciente. La investigación termina convirtiéndose en un rompecabezas cuyas piezas, previamente talladas, calzan en el interior de un marco que ya estaba perfectamente delimitado.

Desideologizar las ciencias sociales, en el sentido en el que lo estamos planteando en este trabajo, no significa rebajar el contenido crítico que debe mantener la actividad de todas las disciplinas que integran el territorio de esas ciencias. Despojadas de su perfil cuestionador, las ciencias sociales se reducen a ser una mera descripción inacabada y somera de la realidad, o en una apología insulsa de lo existente. La crítica, en cuanto revisión de lo real a partir de lo posible, o adecuadamente posible, como diría Max Weber (1973; Márquez, 1997), es consustancial a la ciencia. Ahora bien, asumir la crítica desde esta perspectiva es una cosa, y tergiversar la realidad para ajustarla a los prejuicios que nos acompañan es otra muy diferente. Hablar de objetividad en el tratamiento de fenómenos tan complejos como la pobreza, la desigualdad y la exclusión significa ser fiel con la realidad que se explora e intentar recrearla en el plano de la teoría con sus múltiples aristas, respetando los cánones de la objetividad y la racionalidad científica.

2.2. Conferirle a la teoría un papel más constructivo en la investigación

El encuadre teórico y las categorías desde las cuales se aborda el estudio de la pobreza, la desigualdad y la exclusión resultan clave para su comprensión. Ahora bien, la teoría inicial de la que se parte puede imponer algunas restricciones muy severas que conduzcan a opacar o distorsionar la realidad, especialmente cuando se trata de explicar el origen de las desigualdades. Desde el punto de vista del marxismo, por ejemplo, la miseria es un subproducto inevitable del desarrollo capitalista. En la naturaleza misma del capital y en su expansión se encuentra el germe de los desequilibrios económicos y sociales. El antagonismo entre capital y trabajo empuja a vastos sectores de la fuerza de trabajo a condiciones miserables. Sólo la presencia de los sindicatos y del movimiento obrero organizado es capaz de contrarrestar esta tendencia inmanente. En el polo opuesto, el liberalismo sostiene que la exclusión y las desigualdades hunden sus raíces en el intervencionismo estatal, en las restricciones que el Estado le impone al capital, lo cual se traduce en la utilización ineficiente de los

recursos productivos, y en una reducida capacidad de la fuerza laboral para agregar valor y elevar la productividad de una economía determinada.

Los investigadores que parten de estos dos enfoques teóricos tan disímiles, simplificados al máximo con el fin de utilizarlos como arquetipos contrapuestos, difícilmente se pondrán de acuerdo sobre las conexiones causales que explican la pobreza y las políticas que permitirán combatirla. De tal oposición importa inferir que en el plano teórico siempre habrá notables diferencias en la explicación de las raíces de la desigualdad y la exclusión. Los desacuerdos en la interpretación y explicación forman parte de la actividad científica. No existe una teoría única para explicar todos los procesos sociales. Tal cosmovisión, ideal que se plantean alcanzar los positivistas del siglo XIX y los marxistas, no es posible. Por ese motivo, el esfuerzo de los investigadores debe concentrarse en reducir los factores subjetivos presentes en las formulaciones teóricas, los cuales están fundamentalmente ligados, como se ha dicho, a la ideología.

Para contrarrestar y aminorar la participación de esos factores subjetivos es necesario conferirle a la teoría un papel más activo. El investigador debe estar revisando con un sentido crítico los conceptos y las categorías que utiliza. Está obligado a combatir el esquematismo y el reduccionismo. El uso dogmático de un enfoque teórico desemboca en simplismos empobrecedores. Entender que una teoría es útil en la medida que permite leer correctamente la realidad y anticipar sus posibles desarrollos. La búsqueda de datos empíricos confiables y contrastables por cualquier otro investigador, resulta fundamental para enriquecer la teoría.

2.3. Perfeccionar el diagnóstico

Ya me refería a los avances que las ciencias sociales han alcanzado en el estudio de la pobreza y la inequidad. Ahora bien, estos logros hay que conseguirlos en los estudios de realidades nacionales, regionales y locales particulares. En Venezuela se han realizado y se realizan estudios sistemáticos. El Proyecto Pobreza y los trabajos de Fundacredesa, antes mencionados, son algunos de ellos. Hoy se puede decir que existe una radiografía precisa de la miseria como fenómeno global que afecta a millones de hombres y mujeres en el país. Ahora bien, un desafío de los científicos sociales de las universidades y centros de investigación públicos y privados, consiste en continuar esos estudios y realizarlos en los municipios, los barrios y en los distintos grupos etáreos. Además, explorar las distintas dimensiones de la pobreza, tal como propone el método de las NBI: cultural, educativa, sanitaria; y en áreas como vivienda, transporte, alimentación. Todas las aristas de ese drama hay que tocarlas para que

no quede espacio o pliegue de la desigualdad que quede fuera del microscopio de las ciencias sociales.

Los aportes de la sociología, la antropología, la historia, la economía, la psiquiatría y la Psicología no se reducen a la esfera académica. A partir de esas investigaciones los científicos pueden proporcionar suficientes datos que permitan formular políticas e instrumentar acciones que combatan y reduzcan las inequidades y la exclusión. Las relaciones de cooperación entre las universidades y centros de investigación con los organismos públicos e instituciones privadas ocupados de los programas sociales, pueden hacerse más dinámicas y estrechas. En un proyecto nacional de enfrentamiento a la exclusión y a la pobreza, esa cooperación es indispensable. La gerencia de programas sociales aplicando técnicas estudiadas y desarrolladas en los centros de enseñanza superior, podría permitir que el gasto público sea mucho más eficiente que en la actualidad.

El conocimiento que existe de los países más avanzados no permite establecer una relación directa entre desarrollo e investigación social. El progreso de una sociedad depende de numerosos factores, entre ellos la aplicación por parte de quienes dirigen el gobierno de políticas públicas orientadas a garantizar la seguridad jurídica, la estabilidad política y los equilibrios macroeconómicos que propicien el crecimiento en un ambiente de libertad y confianza. Sin embargo, la investigación científica puede contribuir a crear las bases para que la inversión del Estado alcance altos niveles de eficiencia y eficacia, y se reduzcan los errores que provoca la improvisación, la gerencia por emergencia, el despilfarro de recursos públicos, el populismo y la demagogia; rasgos típicos de la acción gubernamental en los países de América Latina, de los que Venezuela no representa la excepción.

2.4. Adoptar un punto de vista más pragmático y darle mayor importancia al análisis comparado

Con frecuencia se oye pronunciar o se lee la frase: "cada país representa una realidad específica que no admite comparaciones con otras". Una de las características resaltantes de la ciencia consiste en establecer reglas o leyes de carácter general. Max Weber las llama *reglas de experiencia*. (1973; Márquez: 1997). A partir de su formulación puede preverse el curso de futuros acontecimientos y anticipar situaciones y procesos sociohistóricos. El conocimiento de lo específico y particular debe combinarse con el estudio de lo general. La investigación ideográfica hay que complementarla con la nomotética. Si bien es cierto que del conocimiento de realidades ajenas o distintas de las que imperan en nuestro continente o en nuestro país, no se derivan mecánicamente recetas para comprender nuestra propia realidad, también es verdad que sin la información y el conocimiento de naciones diferentes a la que

el conocimiento de naciones diferentes a la que habitamos, tampoco podremos descubrir las claves de los problemas que nos agobian y de los caminos que deben transitarse para corregirlos.

Desde esta perspectiva resulta interesante intentar responder la siguiente cuestión: ¿por qué en condiciones similares unos países se anotan logros importantes en la lucha contra la pobreza, la exclusión y la desigualdad, mientras otros se estancan o retroceden en ese mismo frente? Esos avances se deben a la combinación de factores endógenos y exógenos. Entre los primeros se encuentran, entre otros, la aplicación de políticas de crecimiento económico basado en el aprovechamiento al máximo de las ventajas comparativas y competitivas de la nación, calificación de la fuerza de trabajo y mejoramiento de la educación y la salud en general, mantenimiento de los equilibrios macroeconómicos básicos (monetario, fiscal), control de la inflación, respeto al estado de derecho (incluida la propiedad privada), estabilidad política y confianza en la dirigencia nacional, particularmente en el Poder Ejecutivo, mejoramiento de la infraestructura (carreteras y autopistas, puertos y aeropuertos, telecomunicaciones), incentivos fiscales, mejora en los servicios públicos (especialmente el transporte) y una red bancaria fuerte y confiable. Entre los factores exógenos hay que destacar la dinámica de los países con los cuales se mantiene el intercambio comercial más activo y la estabilidad política de la región. A pesar de la velocidad con la que marcha la globalización y de la estrecha interconexión que existe entre las diversas economías del mundo, de las condiciones mencionadas, las más relevantes son las internas, pues posibilitan en mayor medida el crecimiento autosostenido.

En épocas recientes los llamados “tigres asiáticos” (Korea del Sur, Singapur, Taiwán, Hong Kong) alcanzan un crecimiento industrial sólido en un ambiente en el que prevalece la sana distribución del ingreso, se reduce la pobreza y sectores crecientes de la sociedad, antes preteridos, se incorporan a circuitos de consumo que cada vez más amplios y diversificados. En América Latina algo similar ocurre con Chile durante los años finales de la brutal dictadura de Augusto Pinochet, y luego de que comienza el período democrático con Patricio Alwyn. Estos países, junto a Costa Rica, México, Brasil y Colombia, que sin alcanzar los éxitos del primer grupo, también crecen en una atmósfera de reducción de la pobreza, hay que estudiarlos a fondo. Establecer cuáles políticas públicas aplican. Del análisis comparativo de estas experiencias tan diversas, pueden derivarse lecciones que, con los ajustes que convengan, deberán instrumentarse en todas las economías de esta parte del continente. La imitación de los rasgos positivos, modernizantes, que provocan transformaciones positivas, y que se definen luego de estudios confiables, resultan beneficiosos para las sociedades. Desechar esas experiencias en aras de una originalidad obtusa, carece de todo sentido lógico en un mundo cuyas interconexiones se hacen cada vez más profundas y

permanentes. El parroquialismo en la era de la globalización es un signo de atraso y conservatismo, no de desarrollo.

En el área del análisis comparativo el aporte de las ciencias sociales resulta insustituible, pues tomando como base investigaciones interdisciplinarias, pueden indicar cuáles cambios experimentados por otras naciones y sociedades deben trasladarse, con las modificaciones correspondientes, a nuestra propia realidad nacional.

2.5. Desvelar los factores endógenos que propician la pobreza, la desigualdad y la exclusión

En América Latina la lucha contra la presencia, muchas veces abusiva, de los Estados Unidos ha sido utilizada para enmascarar y ocultar los errores y vicios de los países de la región. Entre esos morbos se encuentran la corrupción, el clientelismo, la ausencia de controles y contrapesos institucionales, la demagogia y el populismo, la incompetencia generalizada de los organismos del Estado y de la iniciativa privada, causantes de estragos en la economía y, además, en el funcionamiento del sector público. Frente a estos flagelos, que provocan en muchos casos el despilfarro de los recursos nacionales y de la ayuda internacional que suministran organismos multilaterales a través de diversos programas de asistencia técnica y financiera, sectores vinculados con la academia y con el quehacer científico han tenido una actitud en extremo indulgente. En vez de indagar a fondo el peso específico de cada uno de esos vicios en la dinámica de los países latinoamericanos, se opta por atacar el “imperialismo norteamericano” colocando en él la responsabilidad de los males que aquejan a nuestras naciones. Pareciese que existe la necesidad de situar en factores externos la causa principal de los problemas y carencias que nos afectan. La teoría de la dependencia, tan de boga por los años 60 y 70 del siglo pasado, en buena medida representó un intento de remozar la teoría del imperialismo expuesta por Lenin en *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1972), y conferirle dignidad científica a los planteamientos según los cuales las relaciones asimétricas que entablan los países del continente con las potencias capitalistas, permite dar cuenta del atraso y la miseria de América Latina. El concepto marxista de explotación referido a las clases sociales, particularmente a las relaciones entre la burguesía y el proletariado, se extendió a los países. Según esta perspectiva, la división internacional del trabajo impuesta por el gran capital determina que las naciones “dependientes” y subdesarrolladas no puedan escapar de esta condición, pues son explotadas por los países más desarrollados, particularmente Estados Unidos. (De Venanzi, 1997). Uno de los textos que mayor influencia alcanza en esa dirección es *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano (1973).

Esos análisis, que sin duda sirvieron para reflejar momentos y aspectos de las relaciones entre naciones con distintos niveles de desarrollo, pocas veces se interrogan acerca de la forma como las élites políticas, económicas y culturales se conectan con el Estado en las sociedades al sur del Río Grande. La relación patrimonial de la que habla Octavio Paz en *El ogro filantrópico* (1984) no aparece señalada, ni se convierte en un tema central de estudio de los científicos sociales inspirados en el modelo dependentista y en otras variantes del antiimperialismo. Sin incluir los factores endógenos que conspiran contra el desarrollo equilibrado y sostenido, no puede entenderse por qué razón países que en el pasado reciente mostraban niveles de atraso tan profundos, luego de pocas décadas exhiben tan altos grados de crecimiento y desarrollo. Este es el caso de las ya mencionadas naciones del sur este asiático, que luego de la Segunda Guerra Mundial y hasta finales de los años 50 tenían tasas de desempleo, analfabetismo y pobreza muy elevadas, mientras en la actualidad, y desde hace ya algunos decenios, mantienen un desempeño muy eficiente de sus economías, lo que les ha permitido reducir la pobreza, atacar el desempleo y disminuir las desigualdades y la exclusión. Es decir, resolver o aminorar problemas que los gobiernos de las naciones que constantemente denuncian el “imperialismo” siguen ahondándose.

A las ciencias sociales no les corresponde negar la existencia de variables exógenas, ni de factores externos que atentan o frenan el desarrollo sostenido de nuestros países. Obviar estos componentes y limitarse a examinar sólo el ámbito interno sería un error, sobre todo por la fuerza avasallante de la dinámica globalizadora, y por la estrecha interrelación entre las dimensiones externas e internas que confluyen para que una sociedad despegue hacia el desarrollo o se mantenga anclada en el atraso. Ahora bien, las ciencias sociales están obligadas a realizar una radiografía detallada de cuáles son los factores internos que inciden en el atraso. En este examen hay que establecer hasta dónde, por ejemplo, la corrupción y el despilfarro de los recursos financieros impiden que el patrimonio público sea utilizado en programas educativos y sanitarios y en programas socioeconómicos concebidos para mejorar la calidad de vida de los más pobres. Lo mismo habría que preguntarse con respecto a la calificación de la fuerza de trabajo y al mejoramiento de la infraestructura. ¿Qué tiene que ver el “imperialismo” con la corrupción que lleva a que recursos destinados a planes de empleo, o programas de reconstrucción nacional o regional, terminen en cuentas bancarias en el exterior o en casas y carros de lujo de los altos funcionarios del gobierno? Este tipo de preguntas las ciencias sociales están comprometidas a responderlas sin que intervengan factores ideológicos o intereses políticos que enmascaran la realidad.

2.6 Contribuir con el diseño y formulación de políticas públicas

Los fines de las ciencias sociales no se reducen al mundo académico. Los debates sobre la pobreza, la desigualdad y la exclusión deben trascender las fronteras universitarias para intentar incidir sobre el diseño y formulación de las políticas públicas. A los científicos sociales también les corresponde analizar con un sentido crítico constructivo los planes, programas y acciones concretas que adelantan los gobiernos en el plano económico social. Los investigadores no pueden evadir esta responsabilidad. Los instrumentos científicos permiten evaluar el impacto positivo o negativo que producen determinadas medidas, así como los alcances de los proyectos que se ejecutan, la eficacia de los organismos públicos y la eficiencia en la ejecución del gasto. A partir de estas ponderaciones y del seguimiento que se haga de ellas, los científicos sociales estarán en capacidad de establecer un diálogo creador con quienes cumplen funciones de gobierno. Hay que ser conscientes de que la acción de un gobierno determinado no puede tomar en cuenta únicamente los criterios científicos establecidos por los técnicos o los especialistas. Muchas veces éstos no consideran factores ni correlaciones de fuerza, que los políticos que conducen el gobierno están obligados a tomar en cuenta para garantizar la estabilidad y gobernabilidad del sistema institucional. Los gobiernos cuando elaboran los programas sociales y las políticas públicas en general, están obligados a considerar los agentes sociales que los impulsarán, al igual que los factores que se opondrán. El marco político en el que se desarrolla la acción gubernamental es esencial para garantizar la viabilidad de una medida. La participación de sectores de la sociedad civil en la instrumentación de una estrategia social, por ejemplo, está vinculada con la capacidad de convocatoria que muestre el gobierno.

Por lo tanto, si bien es cierto que las políticas contra la pobreza no pueden ser dictadas desde el campo de las ciencias sociales, también es verdad que los organismos gubernamentales verán mejorado notablemente su desempeño cuando entablan un vínculo permanente y enriquecedor con los científicos que están diagnosticando y monitoreando el curso de la realidad. En un país con tantos y tan graves problemas sociales como Venezuela resulta insólito que las ciencias sociales marchen en una dirección, tengan unas prioridades y fijen su atención en unos problemas, y el gobierno, obligado a resolver a través de la acción esos mismos asuntos, camine en otro sentido.

La iniciativa para que la relación entre las ciencias sociales y el gobierno mejore debe partir de este último, pues es éste el que maneja los recursos financieros y cuenta con los dispositivos institucionales para poner en práctica las recomendaciones formuladas por los especialistas. El des prestigio de los "técnócratas" en el pasado reciente y la fuerza adquirida por el populismo, han colocado a los profesionales de las ciencias sociales en una condición muy débil, la

de “excluidos”. Países como Chile y Costa Rica, con logros tan significativos en el área social, han tenido una notable experiencia en este terreno. En ellos la relación de las dependencias oficiales con las universidades ha contribuido a mejorar la gestión social y elevar el rendimiento de la inversión pública. En Venezuela se vivió una experiencia notable con la Comisión Presidencial Para la Reforma del Estado (COPRE), creada en 1985 por el presidente Jaime Lusinchi. Allí se produjo una sinergia altamente productiva entre el sector público e investigadores y docentes universitarios. En el campo social este ensayo dio, entre otros resultados, la publicación del libro *Una política para la reafirmación de la democracia* (1989), que además de contener un diagnóstico descarnado de la situación del país, proponía un amplio conjunto de planes y medidas tendentes a mejorar la condición de los grupos más pobres. Lamentablemente el gobierno actual desaprovechó esa experiencia y, de paso, acabó con la COPRE.

3. COMENTARIOS FINALES

La desigualdad, la pobreza y la exclusión representan los problemas más graves que confronta América Latina y, de manera muy particular, Venezuela. Un país que a partir de los años 50 y hasta finales de los años 70 del siglo pasado mostró unos niveles enviables de crecimiento y bienestar, con bajas tasas de pobreza, a partir de la década de los 80 comienza a declinar y a empobrecerse de una manera que todavía no logra detener. Encarar con éxito esos déficit implica superar prejuicios inveterados y construir alianzas que hagan posible que la nación como un todo, asuma el inmenso reto que significa erradicar la pobreza en sus formas más agresivas y avanzar por la senda del progreso.

Esta ruta no podrá transitarse con utopías salvacionistas, ni con una visión confesional y sectaria de la sociedad. En esta esfera los científicos sociales tienen la obligación de develar los prejuicios y mostrar las consecuencias tan negativas que para Latinoamérica e, incluso, para el género humano, han tenido los intentos de materializar doctrinas que pretenden acabar con las desigualdades, pero que se convierten en formas de gobierno que empobrecen y tiranizan a los pueblos económica y culturalmente. La experiencia histórica demuestra que la pobreza no se derrota degradando las condiciones económicas y emparejando a los seres humanos por el nivel más bajo, el de subsistencia. Al contrario, se combate con éxitos materiales tangibles cuando se generan las condiciones generales para que la sociedad produzca en un ambiente signado por la defensa de la democracia, la estabilidad política, los equilibrios macroeconómicos, el respeto al estado de derecho, el fomento a la producción y a la productividad. Los países que han logrado los mayores índices de bienestar, de inclusión, de riqueza e igualdad, son aquéllos en los que el Estado respeta la iniciativa individual y la sociedad civil posee los mecanismos de defensa y control sobre la ges-

tión de los funcionarios públicos, no importa cuál rango ocupen dentro del sector público. El dirigismo y el intervencionismo abusivo coartan las potencialidades de una nación.

El “tercer mundismo”, expresión que ha ido pasando de moda, pero que algunos círculos todavía pretenden revivir, en muchas ocasiones ha servido para encubrir los errores, fracasos, corruptelas y desmanes de gobiernos que se han instalado con el propósito aparente de luchar contra la pobreza, pero que terminan por ahondarla porque aplican políticas sectarias al servicio de un caudillo o de un partido que trata de adueñarse del poder. Esta apropiación suele estar maquillada con ideales redentores y discursos encendidos sobre la “igualdad innata de los seres humanos”. Sin embargo, esos mismos jefes conspiran contra las condiciones que permiten igualar las oportunidades de los seres humanos: la educación, la salud, el seguro social, la seguridad ciudadana, la creación de empresas, la generación de trabajos estables y bien remunerados.

Las ciencias sociales no pueden claudicar frente a ideologías totalitarias que vienen envueltas en paquetes con un pretendido sello igualitario. La igualdad no es el punto de partida de una sociedad que quiere resolver sus dificultades, sino el punto de llegada del esfuerzo creador.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bachelard, Gaston (1980), *La Formación del Espíritu Científico*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- BID (1998), *Informe sobre la Inequidad en América Latina*, publicaciones del BID, Washington, D. C.
- CEPAL (1986), *Ajuste con Rostro Humano*, FCE, México.
- (1990), “Transformación Productiva con Equidad”, *La tarea prioritaria del desarrollo de América Latina y el Caribe en los años noventa*, Santiago de Chile.
- COPRE (1989), *Una Política para la Reafirmación de la Democracia*, publicaciones de la COPRE, Caracas.
- De Venanzi, Augusto.(1996), “El Concepto de Pobreza en la Sociología Latinoamericana. El caso Venezuela”, *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, Vol. II, No. 2, caracas.
- .(1997), “¿Tiene Sentido el Desarrollo?”, *Revista Venezolana de Ciencias Sociales*, Volumen 5, No. 2, Caracas.
- Galeano, Eduardo (1973), *Las Venas Abiertas de América Latina*, Siglo XXI, Buenos Aires.

- Kliksberg, Bernardo (1994), *¿Cómo Enfrentar con Éxito la Pobreza?*, FCE, México.
- Lenin, V. I. (1972), *El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo*, Obras Escogidas, III Tomos, Academia de Ciencias de la URSS, Moscú.
- Márquez, Trino (1996), *El Estado en Venezuela. Descentralización, Reforma de la Administración Pública y Políticas contra la Pobreza*, Panapo, Caracas.
- (1997), *La Metodología de Max Weber*, Panapo, Caracas.
- Mateo, Cristina (1998), *La Pobreza, Entre cuentas y cuentos*, UCV, Caracas.
- Murdoch, William W. (1984), *La Pobreza de las Naciones. La economía política del hambre y de la población*, FCE, México D.F.
- Paz, Octavio (1984), *El Ogro Filantrópico*, Seix Barral, México D. F.
- PNUD (1990), "Desarrollo sin Pobreza", Bogotá.
- Sen, Amartya (2002), "La Desigualdad Económica", FCE, México D. F.
- Weber, Max (1973), *Ensayos de Metodología*, Amorrortu. Buenos Aires.
- (1972), *El Político y el Científico*, Editorial Aguilar, Buenos Aires.